

Jeromin

10 CTS

AÑO VI.—NUM. 259

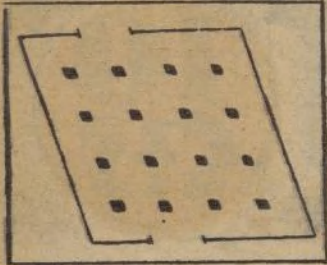
REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 26 de abril de 1934



AMENIDADES

El camino del cartero.—Tenía un cartero que visitar a diario los diez y seis hotelitos de una gran finca de recreo, y, como es natural, deseaba hacerlo ahorrando camino y entrando por una puerta de la finca y saliendo por la otra. Los ho-



telitos se hallaban dispuestos en la forma que indica el grabado.

Se las ingenió de manera que encontró cuál era el camino más corto para visitar las diez y seis casas.

¿Pueden hacer otro tanto nuestros lectores? Tracen sobre el papel el camino que seguía el cartero. (La solución en el número próximo).



Los niños de Granja de Torrehermosa dirán: "Ya no se acuerdan de nosotros en JEROMIN. Y vaya si nos acordamos; cómo que son nuestra debilidad; pero es que, queridos torrehermosenses, que España tiene cerca de 10.000 pueblos, y JEROMIN tiene amigos en cerca de 9.999 y tenemos que complacer a todos. Así es que no os olvidamos; ya veis como no. Hoy damos a la publicidad, ese simpático negrito que nos remite desde Granja de, etc., Ramoncito Sánchez Baños, que es un dibujante con mucho salero.



¿Dónde están los compañeros de fiero bandido Malospelos?

En casi todas las calles de las ciudades japonesas suele haber una hornilla pública, donde por una pequeña suma, guisan los manjares que se les encargan.



—¿Qué es eso? ¿Tiene usted ahora otra enfermedad?

—Así parece. Me sucede cada vez que cambio de médico.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

CAPITULO XLIX

La muerte de Albani

Pocos instantes después de aquel desastre, que privaba a los Robinsones de la embarcación, salía un hombre de entre las olas, que, bramando, se estrellaban iracundas contra la base del escollo. Logró agarrarse a las pun-



tas de las peñas, y haciendo desesperados esfuerzos para que no le arrastrase la violencia de la resaca, subía por la escollera poniendo los pies en los salientes y metiendo las manos nerviosamente en las grietas y hendiduras.

Ya fuera del alcance de los golpes del mar, se detuvo y echó en derredor una mirada apagada. No se veía la chalupa, pero sí un bulto negro que se debatía entre la espuma, tratan-



do de alcanzar las peñas: "¡Señor Albani! —gritó—. ¿Es usted?" "¿Quién llama?" —preguntó el naufrago que luchaba—. "¿Eres tú, Marino?" "Sí. ¿Y el señor Albani?" Una voz que venía de mar adentro respondió: "¡Aquí estoy!"

—¡Mil terremotos! —repuso Enrique desde lo alto—. ¿Dónde está usted, señor?" "No te inquietes, Enrique! ¡Me llevan las olas!" Entre tanto, el maltés había conseguido ponerse en salvo; pero se detuvo mirando a las aguas, que parecían de tinta. "¡Mirale, Enrique! —gritó—. ¡Le veo nadar a cincuenta pasos de aquí! Téngase firme, señor! —exclamó Enrique—. ¡Vamos en su socorro!" "Es inútil —repuso el señor Albani—. ¡Ya estoy...!"

Una ola le había cogido y le impulsaba hacia el escollo. Se le vio un instante sobre el lomo de la ola, cerca ya de las rompientes, y

en seguida se oyó un grito de dolor. ¡Rayos! —tronó el genovés palideciendo. "¡Aquí estoy, amarada!" —contestó el maltés, que descendía a escape por la escollera para ir en socorro del pobre señor Albani. "¿Le ves?" "¡No!" —dijo Marino con voz ahogada. "¡Ya no le veo!" Enrique se había dejado escurrir desde la cima del promontorio. Echó una rápida mirada aprovechando la luz de un relámpago, pero tampoco le vió al señor Albani. Una emoción horrible descompuso las facciones del valiente marinero, mientras un grito de desesperación se escapaba de su pecho. —¡Perdido! ¡Muerto quizás! —exclamó con voz rota por la amargura—. ¡Marino, es preciso buscarle a toda costa!

Los dos hombres, sin reparar en los peligros, habían llegado a la base del escollo y empezaban a recorrer las peñas, luchando de un modo desesperado con las olas, que amenazaban envolverlo y llevárselo mar adentro. Parecían



locos de dolor. Se metían por entre los bancos y las rocas que circundaban el gran escollo, llamando a gritos a su desgraciado compañero; caían bajo el empuje brutal, irresistible, del agua; pero volvían a levantarse, sin hacer caso de las contusiones ni de las agudas puntas que les destrozaban los pies; continuaban en su busca, corriendo de una parte a otra y redoblando sus gritos y llamadas.



¡Ay; ninguna voz humana les respondía! Tan sólo el silbido del viento y el mugir del mar tempestuoso se oía en derredor del solitario escollo, en el que había desaparecido el valiente Albani.

Fin del capítulo XLIX

LA COPA "JEROMIN"



He aquí uno de los favoritos de este interesantísimo campeonato, "El Club Deportivo Piscis" que el domingo batió brillantemente al notable conjunto del "Montecarlo". Los muchachos vencedores rodean a la madrina del equipo, María de los Desamparados Sánchez, que hizo el saque de honor en este emocionantísimo partido.

Para unos simpáticos "Paletitos" de Puebla de Almoradil

Queridos paletitos firmantes de una simpatísima carta pretendiendo tomar parte en el campeonato de fútbol "Copa Jeromin". Os vamos a dar una alegría. Estáis admitidos en

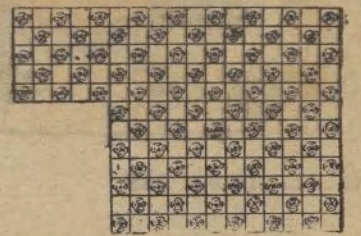
el campeonato; os damos por ganadas las primeras eliminatorias, y vuestro famoso equipo del "Jeromin F. C." que habéis organizado en ese pueblo os prometemos que jugará en Madrid la semifinal de la Copa, y en un campo de postín y en un día "gordo". ¿Estáis conformes, queridos paletitos firmantes de la carta?

PASATIEMPOS

La alfombra de don Celestino. Acababa don Celestino de alfombrar su gabinete y su alcoba, cuando tuvo la ocurrencia de mudarse de casa, y sucedió que en la nueva una sola pieza tenía que servir a la vez para alcoba y gabinete.

—¿Qué hace usted ahora con la alfombra tan nuevita? —le preguntaban burlonamente sus amigos.

Don Celestino es un buen matemático, y contestó:



—La alfombra, no obstante su forma actual se adapta perfectamente a la pieza única, que ya sé que es cuadrada, y no hay necesidad de estropear ninguno de los cuadros del dibujo, ni de cortarlo. Es más: me comprometo a cortarla en tres pedazos que se ajusten de modo que formen un cuadrado perfecto, con el dibujo casando bien y sin estropear ni partir ninguno de los cuadros.

¿En qué forma lo hizo?

(La solución en el núm. próximo.)



Nosotros tenemos noticias de que Isabelita González Hernández tiene diez añitos de edad y es una nena preciosa. Lo que no sabemos es que Isabelita fuera asombro y pasmo de dibujantes; por eso nos ha maravillado esta japonesa que nos remite la niña Isabel, y le correspondemos enviándole un cariñoso saludo de felicitación.



Uniendo los puntos de forma conveniente, resultará una cómica figura.



Este retrato de Núñez de Balboa, dibujado por el niño Ernesto Sánchez, de Almodóvar del Pinar, es una cosa muy seria. Tan sería que lo proponemos para el Premio Nacional de Pintura. Y por nuestra parte se lo concedemos ¿Qué te parece, Ernestito? ¡Bien! Pues conformes.

¡VAYA SUERTE!



Ruperto era carpintero y aficionado a la pesca. Aquel domingo se fué a pescar a la



orilla del mar, y la pesca le ayudó en su oficio. En su anzuelo habían picado un pez



sierra y un pez martillo, que Ruperto se llevó inmediatamente a su carpintería.

Como se puede apreciar, Ruperto encontraba en la pesca un excelente medio de reponer de útiles su carpintería.

APRENDED A DECIR LAS COSAS!

Influye mucho en la eficacia de las palabras la gracia con que se dicen.

En una batalla de Cromwell con-



tra Carlos I de Inglaterra, el conde de Manchester, generalísimo de las tropas que luchaban contra el rey, huyó ante el enemigo sin ninguna necesidad. Al verlo Cromwell le salió al encuentro a caballo, y sin dar a entender que comprendía que el movimiento del generalísimo era una fuga, le dijo señalándole al enemigo: "Os equivocáis, milord, si creéis que el enemigo se ha retirado. Continúa atacando por allá". Ante tan diplomática indicación, el Conde de Manchester, sin sufrir en su amor propio, volvió a hacer frente a las tropas reales, y ganó la batalla.

La palabra y el ejemplo.—Vivía en otro tiempo en Orleans un ciudadano llamado Lepelletier, que no satisfecho con haber dado a los pobres toda su hacienda, no cesaba de implorar la caridad de sus amigos y conocidos en provecho de los menesterosos.

Cierta día vió a un rico comerciante, llamado Aubertot, a la puerta de su tienda. Acercóse a él y le dijo:

—Señor Aubertot; ¿no me da usted nada para mis amigos los pobres?

—No; no puedo darle nada. Lepelletier insistió.

—¡Si conociese usted los casos de miseria que podría socorrer! Se trata de una pobre mujer que no tiene con qué cubrir a su hijo recién nacido.



—No puedo.

—Y de un obrero que vivía de su trabajo y se ha roto una pierna.

—No puedo.

—De un anciano que no tiene qué llevarse a la boca.

—Le repito que no puedo.

—Señor Aubertot. Sea usted compasivo y piense que podría hacer una buena obra.

—No puedo, no puedo.

—Querido señor Aubertot...

—Señor Lepelletier. Haga el favor de dejarme en paz.

Y diciendo esto, el señor Aubertot le volvió las espaldas y entró en su tienda; pero Lepelletier le siguió y penetró con el comerciante en su mismo despacho.

Al verlo, Aubertot se irritó en gran manera y le escupió en la cara.

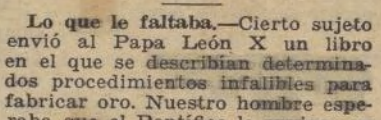
El señor de Lepelletier recibió el insulto sin descomponerse, y después de limpiarse, dijo sonriendo amablemente:

—Esto es para mí; pero para mis pobres, ¿qué me da usted?

Aquella salida desarmó al señor Aubertot, que avergonzado de su impulsiva violencia, pidió sinceramente perdón al ofendido, y le entregó su cartera para que socorriese a sus necesitados.

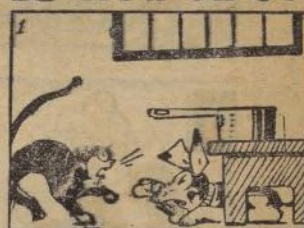
Lo que le faltaba.—Cierta sujeto envió al Papa León X un libro en el que se describían determinados procedimientos infalibles para fabricar oro. Nuestro hombre esperaba que el Pontífice le enviase un

valioso regalo; pero su sorpresa fué enorme cuando recibió una bolsa vacía con estas líneas: "Puesto que sabéis cómo se fabrica el oro, ya no necesitáis sino una bolsa para guardarlo".



El malvado minino atacó al perrito. El perrito se refugió en la cocina, y con la punta del rabo tuvo la suerte de enganchar la cacerola de agua hirviendo, que vino a caer sobre el malvado minino, que recibió de esta manera un justo castigo a su maldad.

EL CHAPUZON



El malvado minino atacó al perrito. El perrito se refugió en la cocina, y con la punta del rabo tuvo la suerte de enganchar la cacerola de agua hirviendo, que vino a caer sobre el malvado minino, que recibió de esta manera un justo castigo a su maldad.



El malvado minino atacó al perrito. El perrito se refugió en la cocina, y con la punta del rabo tuvo la suerte de enganchar la cacerola de agua hirviendo, que vino a caer sobre el malvado minino, que recibió de esta manera un justo castigo a su maldad.



El malvado minino atacó al perrito. El perrito se refugió en la cocina, y con la punta del rabo tuvo la suerte de enganchar la cacerola de agua hirviendo, que vino a caer sobre el malvado minino, que recibió de esta manera un justo castigo a su maldad.

Aventuras de Tarugo y Perdigon



Cansados de sus perrerías en el llano, Tarugo y Perdigon subieron cierta tarde a visitar al sabio adivino de la montaña, y a la puerta de su casa vieron a un hermoso jaguar jugando tranquilamente, igual que un gato.



El sabio les tranquilizó diciéndoles que el jaguar estaba amaestrado y que era inofensivo, y como el sabio les quería ya mucho, les permitió que se llevasen la fiera amaestrada para que se divirtieran con ella un rato.



Mientras tanto, los eternos jugadores seguían su partida de tute perrero y seguían haciéndose todas las trampas que podían. Tanto que Terre-Moto decidió abandonarlos e irse a descansar él solito tan tranquilo.



Un sitio agradable, un libro divertido, un buen puro... Terre-Moto era más feliz que si le hubieran regalado la fábrica de la moneda; pero el tranquilo lector no se daba cuenta de la tragedia que se fraguaba.



Y cuando llegaba precisamente al párrafo en que los "buenos" arrastran al "malo", apareció ante sus pupilas desorbitadas el domesticado jaguar al que Terre-Moto tomó por la fiera más fiera de todas las fieras.



El jaguar inofensivo y retozón se lanzó a instancias de los pilluelos sobre el capitán para acariciarle cariñosamente; pero el pobre hombre creyó morir al ver que se le echaba encima aquella bestia feroz.



Arrebuado en la manta buscó cobijo debajo de la cama; pero entonces los travessos pilluelos, fingiendo ser ellos el jaguar, la emprendieron a pellizcos, arañazos, patadas con sangre, mordiscos en las orejas, etc., etc.



El capitán, dándose por muerto, salió disparado de debajo de la cama, no sin llevarse otra buena tunda de golpes propinados con la más mala de las ideas por Tarugo y Perdigon, que la estaban gozando en grande.



Sin saber lo que hacía, loco, aterrado, el capitán se lió la manta a la cabeza y huyó como una centella, perseguido por el jaguar y por los pilluelos, que aullaban como bestias y fieras de lo más feroces.



Y en el momento en que Barba-Cana—enemigo de las trampas—había cantado veinte en copas con el rey de espadas y la sota de bastos, apareció el fantasma de la ópera perseguido por el fiero y terrible jaguar.



Al grito de "sálvese el que pueda y el que no que se chinche", los jugadores y el fantasma emprendieron una huida más rápida que un cohete, subiéndose ágilmente sobre el techo de la casa de Mamá Tecla, la pobre.



Y cuando extrañada de aquel ruido salió a la puerta a inquirir el origen, su sorpresa fué grande al observar a Tarugo y Perdigon cabalgando sobre una fiera y diciendo: "No te asustes; está amaestrada".

Cascarilla



Cascarilla había encontrado un nuevo empleo. El de sacar de paseo al perro "tranvía" de doña Emereciana. Llegado al parque se sentó a leer



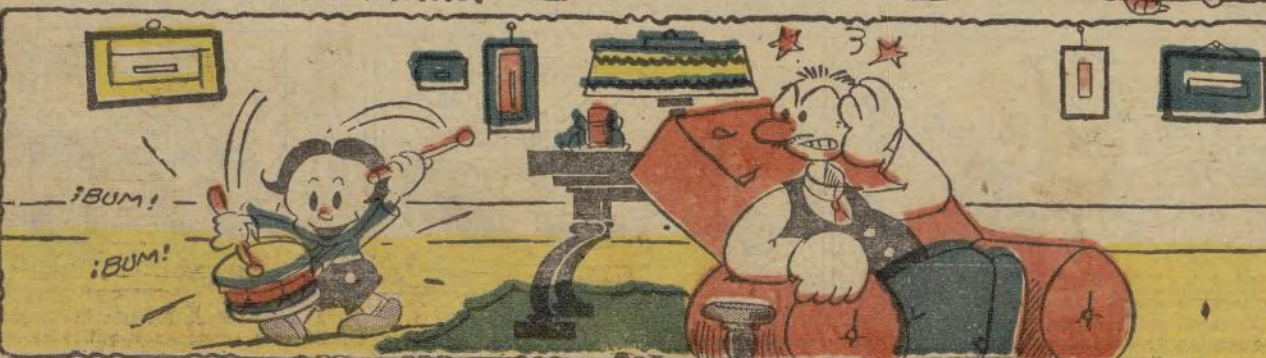
el JEROMÍN. Pero un pilluelo, con más mala intención que Judas, aprovechándose de la distracción de Cascarilla, le dió el cambazo del perrito. A poco, comenzó a llover, y Cascarilla inició



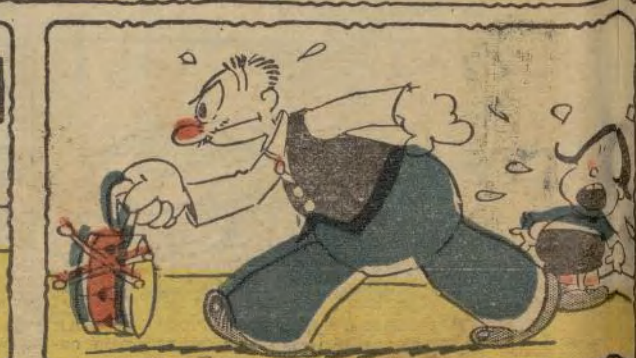
el regreso, sin darse cuenta del cambazo. Y el dolor y el asombro de doña Emereciana fué mayúsculo al comprobar la disminución de su adorado perrito. Cascarilla tampoco se lo explicaba,



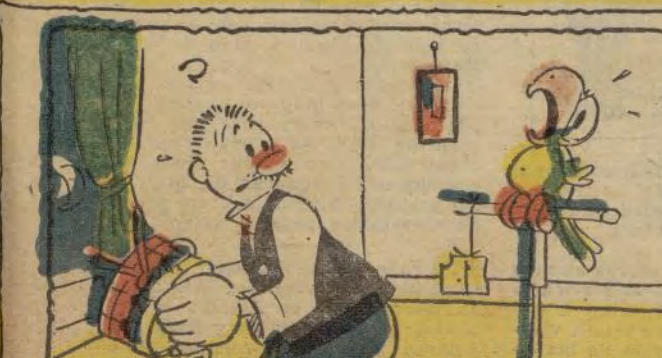
pero de pronto tuvo una inspiración, que era, a su parecer, la clave del asunto. ¡El perrito había encogido! La culpa de todo era aquella maldita lluvia que había caído sobre el animal!



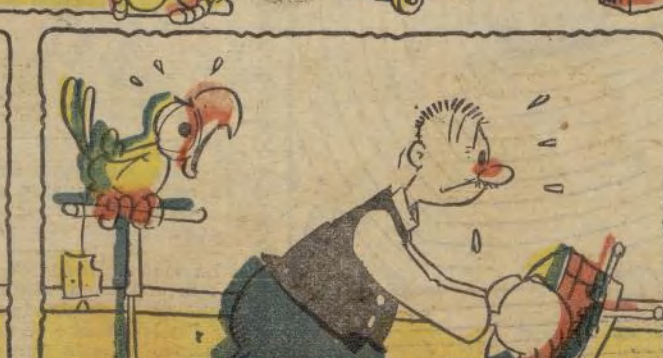
Don Homobono estaba que no sabía de qué postura ponerse, para que no le doliera la cabeza, atormentada por el ruido ensordecedor que promovía su retoño Castulito, que se había



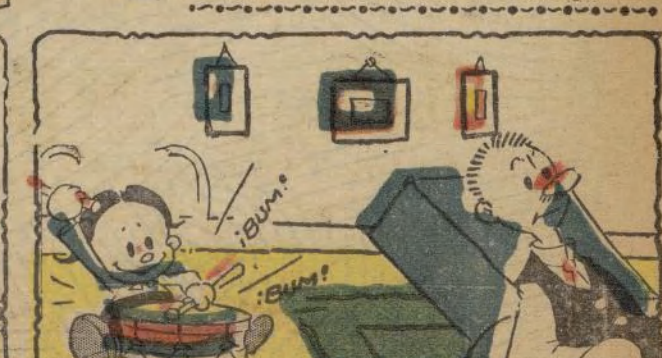
Y aunque don Homobono, como se desprende de su nombre, era un buen hombre, agarró el tamborcito dispuesto a deshacerse de él.



Ya iba a tirarlo por la ventana a la calle, cuando Laura comenzó a gritar voces destempladas: "¡No lo tires, Reverte! ¡No lo tires!"



Y media hora después, la cotorrita seguía: "¡No lo tires, Reverte! ¡No lo tires, Reverte! ¡No lo tires, Reverte! ¡No lo tires, Reverte!"



Y don Homobono entregó de nuevo el tambor a Castulito, diciéndole: "Toca, hijo mío, hasta que te rompas un brazo. Es preferible eso que sufrir a la cotorra!"

PRISIONEROS DEL MAR

CONTINUACIÓN



Vencidos ya los enemigos, hubo que retirar a los heridos del campo de la lucha. Enrique y sus compañeros volvieron al lugar donde había quedado Alberto, y pocos instantes después lo trasladaron al interior de la cueva y lo acomodaron en su lecho. Por su parte, también Ramírez recogió a Mauricio y lo transportó a la gruta, para prestarle la debida asistencia. Alberto estaba gravemente herido; pero como respiraba con regularidad, parecía que el pulmón no había sufrido detrimento. La buena Margarita atendía



solicítamente al muchacho, aplicándole en la herida hojas de aliso machacadas, que son muy eficaces para evitar la supuración interna y abundaban en la isla. Mauricio estaba herido en el entre y bien sabía que para él no había salvación. El remordimiento había enternecido aquel corazón que había sido arrastrado al mal por los malos consejos y ejemplos de sus compañeros, y al considerar la horrible suerte que iban a correr aquellos pobres niños, amigos su vida para defenderlos. Ahora aceptaba de mano de Dios la



te en castigo de sus culpas, y las lágrimas corrían por sus mejillas. Cogiendo las manos de Margarita, que con tanto esmero le asistía, expresábase su gratitud: "Gracias, mi buena Margarita, pero todo lo que hacéis por mí es inútil. Me muero sin remedio. Quiera Dios perdonarme y aceptar el sacrificio de mi vida." Ramírez quería animarle: "Ten esperanza—le decía—. Con tu generoso proceder has redimido tus crímenes, y Dios querrá que vivas." Pero no fué así. A pesar de los cuidados que se le prodigaron, al ama-

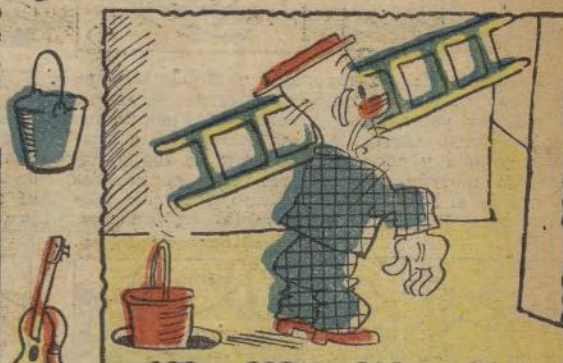


necer del día siguiente expiró. Aquel mismo día le enterraron en una fosa junto a la del naufragio español. Quedaba todavía un motivo de preocupación para nuestros amigos. No sabían a punto fijo qué había sido de dos de los bandidos, Julio y Diego, que, como se recordará, habían desaparecido en el bosque, después de haber sido, al parecer, heridos. Ramírez decidió salir de dudas. Así fué que aquel mismo día, acompañado de Alvaro, Enrique, Ignacio y Ramiro, todos con el fusil al brazo y el revólver al cinto, salieron al bosque.

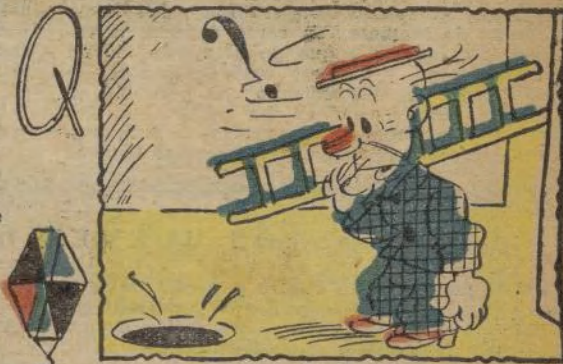
Repollo



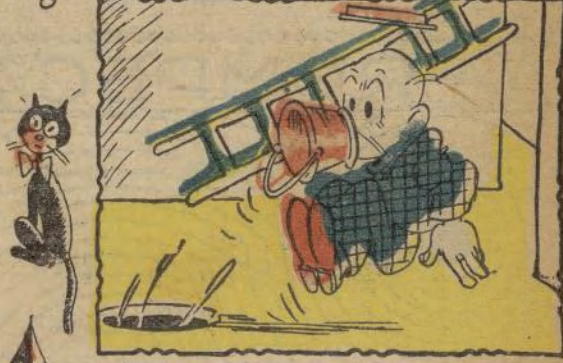
Repollo, hombre decidido y trabajador, había decidido ganarse la vida como pintor de broche



naba alegre y sonriente, cuando el cubo de la pintura se le escurrió de la escalera, con tanta mala fortuna, que fué a caer en la boca abierta de una alcantarilla. Y comenzó a lamentarse de



horridamente, diciendo que aquel era un golpe que no podrían resistir. Un golpe, un verdadero golpe. Y tanto que lo era, como que el cubo había caído sobre la cabeza de un pocero que trabajaba



en la alcantarilla, y el hombre, indignado, devolvió violentamente el cubo a su punto de destino, afirmando a Repollo en sus convicciones. Aquello precisaba la intervención del médico

LA COTORRA SABIA

UN PREMIO BIEN GANADO



Robustiano era viajante de artículos deportivos; pero no conseguía jamás vender ni dos perras chicas de sus artículos de viaje, campo y playa. El pobre hombre iba muy triste pensando en las dificultades que le ponían para ganarse el cocido, cuando vió de improviso un cartel anunciador de un concurso de esquís con un premio de 10.000 pesetas. "Estas pese-

tas me hacen a mí más falta que el alpiste a los canarios"—pensó Robustiano. Y decidido a llevarse el premio por las buenas, le pidió a su jefe que le prestara unos esquís y se fué a la sierra a entrenarse activamente con vistas al campeonato y con vistas a la casa de socorro, pues aquello de esquiar era mucho más difícil que ponerse calcetines limpios. Lle-



gó la fecha del campeonato, y Robustiano se presentó ante el jurado, dispuesto a lanzarse a realizar velocidades inverosímiles sobre los esquís. Tomó carrerilla y se lanzó monte abajo a ciencia y conciencia de que se iba a ganar un morrón con sangre; pero como más golpes da el hambre, Robustiano, que tenía más valor que Bienvenida, no vaciló en lanzarse

Y quiso su desgracia—desgracia que iba a ser su fortuna—que viniera a caer sobre los lomos de una pacífica vaca que no entendía ni pizca de deportes ni tenía la menor de las consideraciones para los expertos patinadores de esquís más o menos campeones. La vaca, al sentir aquel peso sobre su columna vertebral, dió un respingo iniciando una carrera de



a ciento por hora, y quiso la suerte de nuestro héroe que el estado dirigiera sus pasos hacia el punto de la meta. Ya cerca de ésta, la vacuita, más quemada que un picatoste, dió un salto elegante y brusco, desprendiéndose de Robustiano, que describiendo una parábola gigantesca vino a caer en las mismas narices del juez de llegada, que proclamó a Robustiano campeón de todas las categorías habidas

y por haber, entregándole además las diez mil del ala, con las que Robustiano se halló resuelto el problema de las subsistencias, abandonando definitivamente el negocio de viajante y de corredor de artículos deportivos, dedicándose a corredor a secas, con lo que esperaba ganar más que en toda su vida de viajante.

LOS JUEVES DE "JEROMIN"

Hoy jueves, a las cuatro y media de la tarde, en el salón María Cristina, se celebrará el octavo jueves infantil organizado por JEROMIN.

Sección cinematográfica.—Proyección de divertidas películas sonoras.

Sorteo de juguetes entre los niños.

Sorteo de juguetes entre los niños. Actuación de notables artistas.

Sección radiofónica.—A las cinco y media. "Cuento infantil" por César González Ruano.

"¡Penalty! ¡Falta! ¡Gol!", fantasía radiofónica infantil, original de Manuel G. Bengoa, música de José M. Legaza.

¡Jeroministas! A las cinco y media a conetar vuestras "radios" con "Radio España", que "JEROMIN" juega la final del campeonato en "¡PENALTY! ¡FALTA! ¡GOL!"

ROMPECABEZAS

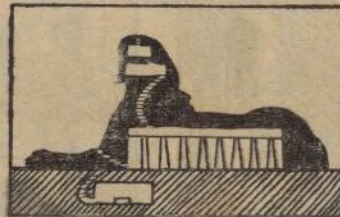


¿Podrías entrar en este laberinto por una de las puertas y salir por la otra?

EN SERIO Y EN BROMA

EL SECRETO DE LA ESFINJE

Ya hace tiempo que se sabía que la famosa esfinge de Egipto tenía entre las patas delanteras la entrada de un templo, pero hasta ahora no se conocían bien todos los secretos que encierra esta colosal estatua. La gloria de descubrirlos estaba reservada al profesor Reis-



ner, de la Universidad de Harvard. Este eminente arqueólogo tuvo el capricho de investigar en una depresión que muchos viajeros habían ya observado sobre la cabeza de la esfinge; y al cabar en ella encontró un orificio y una escalera que le condujeron a un pequeño templo, o más bien una cámara de diez y ocho metros de largo por cuatro de ancho. De este templo se baja a otro un poco más grande, contenido igualmente en la cabeza de la esfinge, y desde allí, por una escalera que baja por el cuello, se llega al templo principal dentro del cuerpo.

El profesor Reisner ha descubierto también unos túneles que desde allí conducen a una verdadera ciudad subterránea, que en otro tiempo debió estar habitada.



—Vamos a ver, ¿dónde se encuentra Rusia?

—¿Rusia? ¿Pues ni siquiera estaba enterado de que se había perdido esa señora!



Localización de las malas cualidades en el niño.—A, robo; B, crueldad; C, malicia; D, instinto incendiario; E, temperamento violento; F, degeneración moral; G, mentira; H, vagancia.

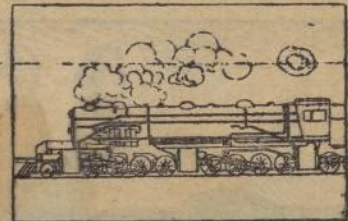


—Un momento, caballero; venía a cobrar la cuenta del sastrero.
—Espere diez segundos; estoy lidiando con el zapatero.

La vida de las locomotoras es más o menos larga, según el servicio a que están destinadas.

En Inglaterra se calcula en veinticinco años la duración de las locomotoras de tren de viajeros; en veintiséis la de las de trenes de mercancías y en veintisiete la de las locomotoras de maniobras.

En los Estados Unidos, donde todo marcha más deprisa que en Europa, las locomotoras de trenes expresos "viven" diez y ocho años, diez y seis las de mercancías, diez



y nueve las de trenes corrientes de viajeros y veintidós las de maniobras.

Pero hay que tener en cuenta, que en diez y ocho años de vida media, la máquina americana recorre cerca de cuatro millones de kilómetros, o sea más del doble del recorrido de una máquina inglesa que sólo cubre en su "vida" dos millones escasos de kilómetros, si es de tren expreso, o un millón o millón y medio si es de tren ordinario de viajeros o de mercancías.



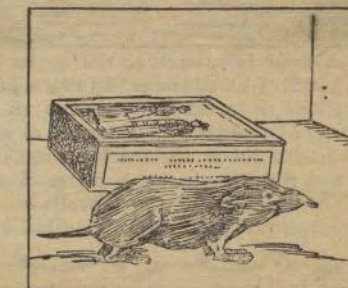
El dueño (Después de varias paradas y un vuelco).—¿Tiene usted mucho empeño en que sigamos en el automóvil?

El amigo.—No mucho.

El dueño.—Pues si le parece a usted lo dejaremos ahí y seguiremos andando.

El mamífero más pequeño de España.—Aunque muchas personas creen poder encontrarlas mirando al techo, las musarañas son, en realidad, animales terrestres, y en el campo, en las grietas de las tapias viejas o entre las piedras grandes medio ocultas por la maleza, es donde ha de buscarlas el aficionado a estudiar la naturaleza viva.

En su aspecto tienen algo del ratón, pero la cola es más corta y el hocico se prolonga formando una especie de trompa. De las cinco especies distintas que viven en España, la mayor es próximamente del mismo tamaño que aquel molesto huésped de nuestras casas; la más chica, tiene solamente tres centímetros de longitud, con una



cola de dos centímetros. Este diminuto animalillo que, como los Pulgarcitos de los cuentos, podría navegar sobre una hoja de rosas y dormir dentro de una caja de fósforos, es el mamífero más pequeño, no sólo de España, sino de toda Europa.

La pequeñez de las musarañas hace que sean muy poco conocidas, pues fácilmente escapan de toda clase de trampas y ratoneras; y como sólo salen de sus guaridas cuando están seguras de que no las amenaza ningún peligro, pasan desapercibidas para el vulgo.

De cada mil habitantes del globo terráqueo, 558 viven en Asia; 242 en Europa; 111 en África; 32 en América; 5 en Oceanía y Regiones polares, y sólo 2 en Australia.

En Asia vive más de la mitad de toda la población de la tierra, y en Europa cerca de una cuarta parte.

Margarita cuento

Era una vez y otra vez. Era Margarita, ya veis qué nombre tan bonito; así se llaman las flores blancas de las praderas, que parecen estrellas caídas del cielo; era Margarita la hija única de un leñador, y era tan preciosa como las flores de su nombre, y tan buena como la miel que las abejas recogen en el cáliz de las madreselvas. Margarita era pequeña, parecía un colorín recién salido del nido. Aunque era tan pequeña, todos los días iba al bosque en que trabajaba su padre, para llevarle la comida.



—Buenos días; que Dios os conceda un buen sol—iba diciendo a las flores que encontraba a su paso; porque Margarita las conocía a todas y era amiga de ellas. Y las flores respondían al saludo moviéndose graciosamente en sus tallos y derramando, para obsequiarla, los más exquisitos perfumes de sus pétalos. —Buenos días; que Dios os depara abundante alimento para vosotras y para vuestros hijitos que pían en el caliente nido—decía a las avecillas que acudían a su paso para saludarla con sus más alegres y bellos trinos; porque Margarita era también amiga de los pajaritos y sabía el nombre de todos. Y no sólo las flores y pajarillos eran amigos de Margarita: lo eran todos los habitantes del



bosque: los corzos, los jabalíes, las ardillas, las comadreas y hasta las fieras como los osos y los lobos.

¿Sabéis por qué? Pues porque cuando el invierno era muy crudo y la nieve cubría con su manto blanco las montañas, los valles y los llanos, y los pobres animalitos no tenían qué comer y pasaban hambre, Margarita, con permiso de su madre, llenaba una cesta con granos de trigo, de cañamones, de alpiste, de trocitos de pan y de frutas secas, como nueces, ciruelas e higos pasados, y se iba al bosque, pisando sobre la nieve para darles de comer.

Margarita era muy feliz porque era muy buena, pues la bondad es la fuente de la felicidad, y, además, porque tenía una madre que la quería mucho, como quieren todas las madres a los hijos buenos, y la enseñaba a rezar y a trabajar.

Pero un día se fué al cielo la madre de Margarita. ¡Pobrecita, tan pequeña y sin madre! ¿Qué iba a ser de ella? Y sentada a la puerta, lloraba y lloraba sin cesar. Sus amiguitas las alondras venían a consolarla con sus cánticos.

Un día llegó una mujer y le preguntó:

—¿Quieres que te barra y arregle la casa?

Margarita dijo que sí; y la mujer le barrió y arregló la casa. Y cuando vino su padre del bosque, Margarita le contó todo.

Al día siguiente volvió la mujer y preguntó a Margarita: —¿Quieres que te peine? Margarita dijo que sí; y la mujer le peinó.

Y cuando vino su padre del bosque, Margarita se lo contó todo.

Al otro día volvió la mujer y preguntó a Margarita: —¿Quieres que me venga a vivir contigo y seré tu madre?

Margarita dijo que sí. Y cuando su padre volvió del bosque, se lo contó todo. Y su padre se casó con aquella mujer. ¿Cómo lloraba Margarita a los pocos días!

Porque aquella mujer ya no la peinaba, ni la daba tortas de miel, obligando la a trabajar mucho. Antes que el sol saliese, antes que cantasen las alondras,



cuando más dulce era su sueño, a golpes era despertada por la madrastra, y, sin peinarse y lavarse, tenía que barrer toda la casa, fregar los platos, cuidar de los animales e ir al arroyo, cargada con un cesto muy grande lleno de ropa, para lavarla.

Margarita tenía también hambre; porque la madrastra cerró con llave la despensa y sólo le daba mendrugos de pan duro para comer. Y el padre de Margarita, como estaba todo el día trabajando en el bosque, no se enteraba de nada. Un día dijo la madrastra a Margarita: Ven, que vamos a llevar a tu padre la comida.

Y se fueron al bosque; y, andando,



andando, se metieron en lo más espeso de él, ¡muy lejos, muy lejos!

Al llegar junto a una fuente, dijo la madrastra: —¡Ay! Creo que nos hemos perdido; espérame aquí, que voy a buscar el camino. Se sentó Margarita junto a la fuente, y la madrastra se fué. Y pasó mucho tiempo y no volvió, y llegó la noche y no volvió.

Margarita comenzó a llorar, y le decían los jacintos y anémonas que crecían junto a la fuente. —No llores, que nosotros te haremos compañía. Pero Margarita seguía llorando, llorando, hasta que se durmió junto al tronco de un roble, tendida en la grama fresca.

(Continuará)

LOS TRES AVENTUREROS CONTINUACIÓN



CAPITULO X

Salvados de la muerte.

Cuando se quedaron solos, los tres prisioneros comenzaron a realizar esfuerzos sobrehumanos para libertarse; pero inútil. Las ligaduras eran tan fuertes, que resistieron hasta las brutales sacudidas del gigantesco Boston, que hubo de desistir de su intento.



cía escuchar con ansiedad. "¡Chist!" —musitó—. Los pilletes escucharon con ansia contenida; segundos después percibieron sobre la fina arena del desierto unas pisadas cautelosas que se aproximaban. Un rayo de esperanza vino a acariciarlos; cuando el misterioso individuo que se acercaba lo hacía tomando tales precauciones, no cabía duda de que tenía que ser un amigo.

Transcurrieron varios instantes de



nazaba, fué mordiendo furiosamente las ligaduras que aprisionaban a Boston, deshaciendo los nudos vertiginosamente. Se oía el jadear del perro y su respiración entrecortada. Varios minutos después, el gigante estaba libre; en cuestión de segundos, Polo y Rafa fueron destatados.

Los tres aventureros se abrazaron. Aunque la horrible amenaza del suplicio seguía cerniéndose sobre ellos, sintieron en su ánimo el bienestar infinito de sentirse libres.



La noche se vino encima con toda su negrura, y nuestros amigos comenzaron a experimentar el espantoso suplicio de la espera. Dentro de unas horas sus cuerpos serían despedazados cruelmente por el bárbaro instrumento de tortura dispuesto por los bandidos del desierto. "Hay que morir, amigos"—susurró Polo amargamente—. Iba a continuar sus quejas, cuando le detuvo la actitud expectante de Boston, que pare-



mortal ansiedad. El ser extraño debía de estar cerca, y de pronto tuvieron que reprimir un grito de sorpresa; un bulto acababa de saltar ágilmente a través de la ventana; pero la sorpresa de los prisioneros aumentó al contemplar, atónitos, al que llegaba a salvarlos. Era "Leal", el fiel y valiente perro lobo.

El noble animal comenzó a hacer caricias a sus amos, y luego, como si comprendiera el terrible peligro que les ame-



Ahora era necesario escapar; pero, ¿cómo? ¿De qué manera podrían huir? Y aunque consiguieran hurtar la vigilancia de los bandidos, ¿qué iban a intentar ellos solos en medio de la inmensidad del desierto?

Terribles y pavorosas interrogaciones, que pesaban como losas de plomo en el corazón de los aventureros.

Fin del capítulo X.

AVENTURAS DE DON SIMPLÓN Y DINAMITA

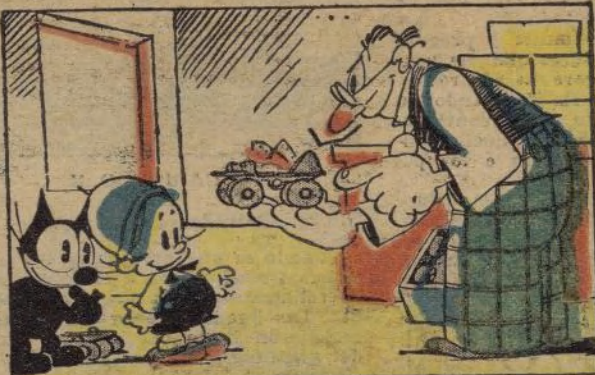
PASEANDO POR LA PLAZA DON SIMPLÓN SE ENCONTRÓ CON UN VIEJO AMIGO; ESTE LE SUSURRO QUE INSCRIBIERA A SU PERRO DINAMITA YAL "CONCINCHÉ" DE ESTE EN UN CONCURSO CANINO QUE CELEBRABAN EN LA PLAZA. DON SIMPLÓN LOS INSCRIBIÓ EN LA SECCIÓN DE PERROS GUARDADORES Y AHORA AGUARCA ANSIDAMENTE LA LLEGADA DEL GUEZ QUE HA DE GANAR TRIBUNE LOS PREMIOS.



ANDANAS DE GATO FELIX



Félix despistó bien pronto a los sabuesos y corrió a busca de su inseparable Bimbete, que estaba paseando con sus patines más contento que chico con zapatos nuevos. A Félix aquello le dio mucha envidia.



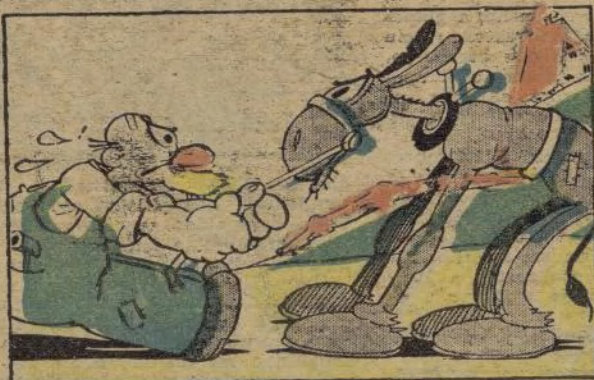
Pero como Bimbete era un buen camarada, le dijo a Félix que tal vez en aquella tienda podrían comprarse unos patines con siete perras gordas que tenía el nene. El vendedor les dijo que a él le gustaba que los probasen.



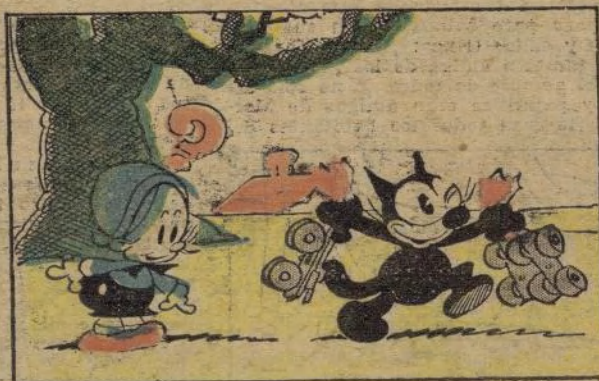
Y antes de comprarlos, nuestros amigos salieron tan contentos a la calle. Bimbete se puso los nuevos, y comprobó que eran unos patines de una suavidad maravillosa, sólo comparable a la de un serrucho rascando un violín.



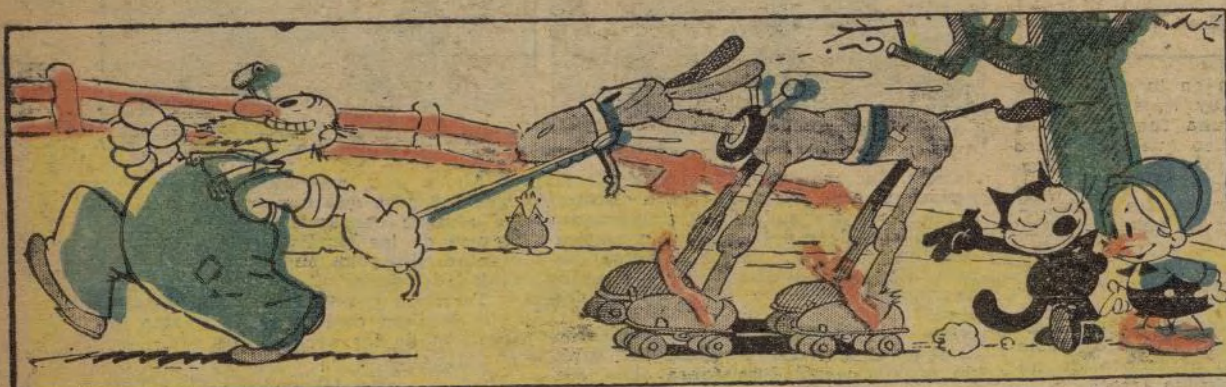
Pero pronto se les vino encima la tragedia, al comprobar en la etiqueta de los patines nuevos que su precio eran veinticinco pesetas, y, como es natural, no podían soñar en comprarlos con los setenta céntimos.



A todo esto el honrado labrador Cejasgrandes intentaba en vano hacer andar a un maldito burro que le acababan de vender con el mismo éxito que si intentara hacer bailar a un columna del tranvía.

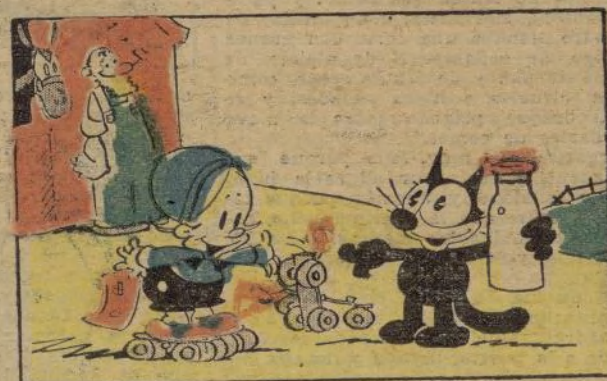


Viendo el apuro de Cejasgrandes, el honrado labrador, Félix corrió hacia el cuadro triste que formaban el hombre tratando de convencer a la bestia, y la bestia no dejándose convencer del hombre.



Pero Félix, como ya saben hasta en Pekín, tenía más ingenio que los siete sabios de Grecia, y al instante se acercó junto al honrado labrador Cejasgrandes, proponiéndole poner en práctica aquella sublime

idea que había brotado en su cerebro con la misma facilidad que crecen las setas en el campo, y calzándole al rucio los patines, le hicieron arrear aun en contra de sus deseos, sin la menor molestia y sin el menor esfuerzo.



El honrado labrador, más agradecido que si le hubiesen curado la escarlatina, dió cinco duros de propina a Bimbete; y a Félix una hermosa botella de leche de mosquito, que era la preferida de nuestro gato.



Con la intención de comprar los patines Bimbete y la de tragarse la leche el gato, los dos amigos corrían veloces como las tortugas de carreras, cuando de pronto Félix se atizó un morrón de los que lesionan



Entonces, y no queriendo exponer ni su físico ni su botella a probables contratiempos, Félix decidió emplear otro medio de transporte más tranquilo, cuando el "Orejas", un buen perro, le salió al encuentro suplicándole...



—Félix de mi alma y de mi largo cuerpo, préstame ese patín que te sobra, y me harás una caridad.— Félix se apresuró a entregárselo, y oyó al perro-tranvía suspirar: —¡Gracias, amado Félix! ¡Ya podré patinar sin que me arrastre la tripa!